

EL HOMBRE DEL PARAGUAS VERDE

Por Fernando Helguera

Érase una vez un momento con un niño incrustado bajo la lluvia, en una esquina cualquiera de una ciudad cualquiera. Nunca se había percatado de que algunos paraguas pueden ser de color verde también, entonces, cuando vio a ese anciano con su paraguas verde, quedó profundamente sorprendido. No se atrevía a acercarse a él, ya que sus padres le habían dicho que los desconocidos podían hacerle cosas malas, sin embargo, ¿qué tan malo podría ser un señor como ese, cubierto por una sombrilla como esa?

Veámoslo desde otro punto de vista: Érase una vez un momento con un anciano incrustado bajo la lluvia, feliz de usar un paraguas verde como el que había querido desde su infancia. Se lo regalaron hoy en su cumpleaños. ¡85 años! Estaba en un cruce cualquiera de una ciudad cualquiera. Parecía nunca haberse percatado de que podía causar un efecto hipnotizador en las personas, pues cuando notó que un pequeño lo miraba desde la esquina como si no existiera otra cosa en el mundo, quedó profundamente sorprendido. Sintió el impulso de acercarse a platicar con él más no lo hizo. Estaba seguro de que el niño huiría atemorizado ya que sus padres le habrían dicho que no hablara con extraños.

Si pudiéramos pensar con su mente, nos daríamos cuenta de que no se sentían extraños en realidad; se sentían como si se hubieran conocido toda la vida, lo cual resultaba curioso, ya que toda la vida de uno era la vigésima parte de la vida del otro. Bien, en ese momento que en realidad eran dos momentos, pero compartidos, se miraron a los ojos fijamente. En ese instante tan único y pequeño como la eternidad, existió un contacto profundo. Y se reconocieron a sí mismos en ojos ajenos. Como si pudieran entender sus pensamientos y sus intenciones, su historia -en un caso- o sus planes a futuro -en el otro-. Pasaba gente y quien veía al anciano no podía ver al niño, ni quien veía al niño podía ver al anciano. Las personas que el niño miraba no podían ser vistas por el anciano, y viceversa. Finalmente se acercaron para encontrarse a media calle debajo de un semáforo cualquiera de esa ciudad cualquiera, sí, la misma ciudad que cada uno vivía, pero que parecía ser distinta a la del otro. Como si estuvieran a destiempo. El niño lo quiso abrazar de las piernas como si fuera su abuelo, y el anciano hizo el ademán de levantarlo como si fuera su nieto... Mucho se impresionaron al ver que eran como fantasmas, es decir, ¡como fantasmas reales! (No es momento de preguntar si los fantasmas existen ¿de acuerdo?) No pudieron tocarse, y sin embargo veían cómo les mojaba la misma lluvia. No sentían el calor de sus cuerpos ni el olor de su presencia, y sin embargo escuchaban al unísono los latidos de su corazón. ¿Y cómo iban a asustarse de ver un fantasma? Ellos mismos eran su propio fantasma personal. Por otro lado, estaban lo suficientemente complacidos con el hecho de compartir ese algo que era el mismo paraguas verde, que ahora cubría a los dos de forma eficaz. Ese paraguas sí que no era un fantasma: era de carne y hueso. El niño recordaría este momento toda su vida, aunque con el paso de los años parecería haberlo olvidado. El anciano estaba seguro de que ya había vivido ese momento hace muchas décadas, o era un "*Déjà vu*". Quedaron en paz y cada cuál regresó a su cuerpo. Nunca supieron si habían regresado al cuerpo correcto, pues cualquiera de los dos les quedaba perfecto. Nacer y morir son la misma cosa, así que estar uno cerca de una etapa, y el otro cerca de la otra, no era algo de lo cual preocuparse. Al viejo no le inquietaba volver a empezar justo cuando estaba tan cerca de su merecido descanso, así como al niño no le daba miedo morir ahí mismo... Siempre habría algo más adelante. Finalmente, querido lector, todo había cobrado sentido en sus vidas, y cada quién siguió el viaje a su manera. Cada uno debajo de su propio paraguas verde.